

**COMENTARIOS A LA INTERVENCIÓN DEL PROFESOR KEN BAIN:
« ¿SE APRENDE ALGO ESTUDIANDO EN LA UNIVERSIDAD? »**

Àdam Bertran i Martínez
Coordinador de Becarios del Consejo de Estudiantes
Universidad de Girona

Desde un punto de vista bastante cercano a lo que ha expuesto el profesor Bain con respecto a la universidad y la diversidad, y a la multitud de fenómenos que se dan en su interior, efectuaré una disección de los diversos parámetros que considero más importantes.

En primer lugar, es preciso poner en común el punto de inicio para que todos partamos de una misma idea con respecto a la universidad, porque encontramos casos, como el de Agustín Basave Fernández, del Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad Autónoma de Nueva León, en México, que la define como «la corporación de estudiantes y profesores que por la investigación y la docencia se ordena a la contemplación de la verdad, a la unidad orgánica del conocimiento, al cumplimiento de las vocaciones personales y a la preparación de profesionales necesarios para la realización del bien común». ⁱ Por otro lado, el DIEC ⁱⁱ la define como «la institución docente integrada por distintos centros en los que se imparten los estudios superiores de las diversas ramas del saber y se otorgan los títulos correspondientes». No haré ningún análisis exhaustivo de estas definiciones; simplemente considero que, en términos generales, ambas se complementan entre sí.

Lo que está claro es que la etapa universitaria es una de las posibles continuaciones formativas a las que actualmente podemos acceder los estudiantes. El problema es que el hecho de acceder a ella representa una ruptura muy importante con lo que «la educación» había sido hasta ese momento. Y es aquí cuando el porcentaje de estudiantes que siguen estando motivados o que aspiran a un trabajo en concreto advierten que una gran parte de los conocimientos adquiridos no les resultan tan útiles como les habían contado.

La universidad debe proporcionar unos conocimientos útiles y aplicables en el día a día; unos conocimientos reales, que serán los que necesitarán durante su desarrollo profesional quienes decidan acceder a ella: los estudiantes.

La universidad es una institución de indiscutible importancia en la mayoría de las sociedades del mundo. Se la considera la fuente de creación y de transmisión de conocimientos de una

generación a otra para satisfacer las necesidades y perfiles profesionales que se requerirán en cada momento.

Por esta razón, lo que se debería premiar sería la capacidad de adquirir conocimientos, de conservarlos y de aplicarlos en distintas situaciones y contextos. Pero, además, la universidad debe garantizar que quienes terminan sus estudios están capacitados para ejercer la carrera que han cursado, y no sólo en el ámbito profesional, sino que también deben tener una madurez personal y social lo bastante desarrollada como para asegurar el éxito real de la universidad: lanzar al mercado laboral personas cualificadas, capacitadas y autónomas.

Y es ahí donde radica el principal problema. La universidad deja a un lado todos los aspectos personales y madurativos de las personas, porque todo el mundo accede a ella según los resultados de unos exámenes estándares realizados por miles de estudiantes. Sin embargo, puesto que no vivimos en una sociedad homogénea, ¿qué sentido tiene evaluar a todos los estudiantes por el mismo patrón? No todos procedemos de unas mismas vivencias, ni siquiera de unas experiencias similares; por lo tanto, es lógico y positivo que todos seamos distintos, y de ahí que las evaluaciones para acceder a la universidad también deban ser distintas.

No podemos pretender una buena calidad docente con grupos integrados, por definición, por entre 80 y 90 alumnos/as. Es imposible enseñar de la misma manera a los 80 estudiantes de un grupo-clase, del mismo modo en que es imposible pretender que todos ellos saquen un diez en las pruebas de evaluación.

¿Por qué? Creo que hay muchos motivos. El primero y más importante de ellos es éste: pretender que todos los estudiantes lleguen al mismo lugar de la misma manera. No todos podemos llegar al mismo destino de igual modo: unos iremos en coche, otros en avión, o puede que en barco, según las características de cada uno. Algunos correrán más y otros menos, por lo que llegarán antes o después. Es lógico, ¿no?

Pero también hay otros motivos. A mi entender, la universidad debe representar una continuación del proceso de aprendizaje reglado de los estudiantes. Y ahora existe una ruptura brutal, en la que ni tan siquiera se alcanzan los niveles mínimos exigibles, y la solución no consiste en rebajar tales niveles, sino en formar a todos, niños y niñas, jóvenes y no tan jóvenes, en unos mínimos comunes, buscando el mejor modo de hacerlo, pero garantizando que el cien por cien de la población alcanza un estándar óptimo educativo, y no sólo, supuestamente, quienes acceden a la universidad. Los estudiantes universitarios ya deben

saber acerca del mundo que les rodea, deben ser críticos y tienen que ser capaces de ser autónomos; hacer un comentario de texto no debería ser tan difícil. La universidad tiene que aprovechar todos estos conocimientos previos tal y como propugna la teoría del andamiaje, según la cual los esquemas ya interiorizados se adaptan a las nuevas adquisiciones. Así es cómo se perfecciona el conocimiento, de cero a uno, y de uno a dos. No podemos pretender pasar de cero a dos directamente, porque entonces sucede lo que todos estamos viendo, que año tras año tenemos que ir repitiendo los mismos contenidos, porque los alumnos/as no los entienden, no los retienen, no los recuerdan y, por consiguiente, no saben cómo aplicarlos en las diversas situaciones posibles.

Aquí hemos tropezado con el principal problema. Los estudiantes no retienen la información, no la recuerdan, no la saben aplicar; hay que repetírsela año tras año... Sí, es cierto, y os lo corroboro como estudiante que soy. Ahora bien, no sólo es culpa de los estudiantes, que simplemente somos fruto de la mezcla del sistema que hemos tenido, con cierta parte de contexto social y de capacidad propia; basta con observar los índices de fracaso escolar de muchos países.

¿Realmente creéis que con el sistema actual se vela por la adquisición positiva de conocimientos? ¿O simplemente estamos preocupados por aprobar, tanto nosotros, como estudiantes, como el profesorado, en tanto que docentes? ¿Creéis realmente —en términos siempre generales— que el hecho de aprobar es proporcional a los conocimientos obtenidos? ¿Creéis que una persona que saca mejores notas está más capacitada para hacer frente a la vida y a la futura profesión que otra que saca peores notas? Volvamos a considerar las vivencias personales de cada estudiante, y las características que lo forman, y observaremos que, en realidad, las notas obtenidas a menudo son secundarias o irrelevantes.

Como muy bien ha comentado el profesor Bain con respecto al sistema de evaluación norteamericano, no cabe ninguna duda de que se ha ido evolucionando con relación a las notas y su cuantificación: de aprobado y suspenso a A, B, C, D y E, y posteriormente a la inclusión de los signos «+» y «-», añadiendo un abanico de opciones mucho más amplio, de modo que pueda concretarse mucho mejor el nivel exacto en el que se encuentra el estudiante en cada momento.

Lógicamente, la mayoría de las veces —y esperamos que ahora con el Espacio Europeo de Educación Superior la situación cambie—, estos resultados provienen de un examen, en el

que, en el mejor de los casos, el 10 % de la nota final es valorable con relación a la actitud, la participación y la asistencia a clase.

Ahora bien, ¿creéis que el sistema empleado es realmente objetivo? Siento volverme a repetir, pero, tal y como sucede con las pruebas de acceso a la universidad, los exámenes que se realizan durante los estudios simplemente valoran el nivel de memorización de los alumnos/as con respecto a un tema concreto. Sólo en contadas ocasiones se trata de exámenes abiertos, de razonamiento, de la expresión de unas vivencias propias con relación a un tema concreto, de la resolución de conflictos a partir de una base teórica pero fundamentada y cimentada, también, en la base personal del estudiante.

A los estudiantes no nos interesa memorizar. Lo que queremos es adquirir recursos para poderlos utilizar cuando necesitemos alguna información. Queremos ser personas alfabetizadas en el mundo de las nuevas tecnologías, en el mundo cultural y social. Creemos que el sistema de evaluación más justo es el que nos mide a todos/as por nuestras peculiaridades, por nuestro pasado, y que valora los mínimos exigibles por el profesorado, pero de una manera clara y abierta, facilitando la búsqueda de los recursos necesarios para solucionar el conflicto planteado. Que no sean exámenes en los que haya que reescribir los apuntes tomados en clase; que realmente sea un trabajo en el que a los alumnos/as se nos plantee un reto más interesante que el de memorizar un bloc de hojas, muy interesante, pero poco motivador. Entonces es cuando todos/as nos quejamos de que los estudiantes hacemos demasiadas trampas y fraudes en los exámenes. No lo defiendo, pero es perfectamente comprensible. Y para combatir esto, no basta con separarnos el día del examen, sino que es preciso reformular el concepto de «examen», para que el hecho de llevar una «chuleta» resulte tan poco tentador como absurdo.

Por otro lado, y retomando una vez más las palabras del profesor Bain, el contenido debe marcarlo el profesor, que por algo es el profesor. Y los estudiantes, como estudiantes que son, deben hacer una escucha activa de ello para formarse. Pero nos equivocáramos al decir que estos papeles son fijos. Todos/as tenemos la responsabilidad de que el proceso de aprendizaje sea un proceso atractivo, en lugar de únicamente necesario para el futuro profesional, tal y como sucede a menudo. Debemos velar porque los estudiantes sean miembros activos de su propio desarrollo, y porque la formación que se imparte no sólo sea unidireccional, sino que se realice a través del *feedback* y la bidireccionalidad.

Hemos de conseguir que los estudiantes no veamos el hecho de aprobar una asignatura como «bien, perfecto, una asignatura menos...», sino como una aportación a nuestro conocimiento, dotando la materia de la suficiente importancia para que sea una lástima no poder profundizar más en ella.

Sin embargo, es lógico. Ahora, la sociedad no quiere gente con conocimientos, sino que prefiere gente con titulación, joven y, por lo tanto, sin experiencia. Todo se está profesionalizando de tal manera, que resulta complicado encontrar situaciones como aquéllas que me contaban cuando yo era pequeño, cuando existían los aprendices de oficio, que eran instruidos por alguien experto en el propio lugar de trabajo. ¿Cómo, si no, se aprende? Las carreras, siempre y cuando fuera posible, tendrían que estar prácticamente al cien por cien junto a las profesiones en cuestión, facilitando un contacto constante del alumno/a con lo que éste esté estudiando. El grado de experimentalidad debería ser un requisito básico en cualquier carrera, de modo que las sesiones teóricas fueran simplemente un complemento y refuerzo en la práctica y vivencia real, y no a la inversa, tal y como sucede ahora, porque entonces nos encontramos en situaciones tan kafkianas como las de las autoescuelas de aquí, de Cataluña, en las que los propios profesores reconocen que ellos te enseñan a aprobar el examen, pero que realmente aprenderás a conducir después, cuando ya tengas el carnet y estés solo ante el peligro. Nosotros no queremos esto.

Por último, quisiera añadir que el hecho de dotar los sistemas universitarios de la participación activa de los estudiantes representa hasta qué punto se está trabajando para que el alumnado se sienta a gusto en este proceso. Que no se recuerde únicamente las fiestas que se hacen en la época universitaria, sino que toda la universidad pueda ser sentida como propia, que todo el mundo pueda trabajar en ella con arreglo a sus intereses y para mejorarla. Esto es lo que de verdad demostraría que la universidad se está acercando realmente a un modelo de gestión participativo y democrático, en el que los estudiantes no sólo son los que vienen a estudiar y a sacarse una carrera, sino que también son los que pueden participar en el proceso de construcción de la propia universidad. Y esto, aunque a escala legal es perfectamente viable, a menudo no resulta muy fácil de hacer, tanto por la ausencia de motivación por parte del alumnado, como por las facilidades que se ofrecen. Ahora, quizá, con este ejemplo comprenderemos que el desinterés por la universidad que encontramos en un importante sector de los propios estudiantes viene originado por las muchas reticencias a hacerlos

partícipes reales de todos sus procesos, tanto a escala política interna de la propia universidad, como dentro de las aulas.

ⁱ Basave Fernández del Valle, Agustín: *Ser y quehacer de la universidad. Estructura y misión de la universidad vocacional*. Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad Autónoma de Nuevo León, México, 1971, pág. 56.

ⁱⁱ *Diccionari de la Llengua Catalana*. Institut d'Estudis Catalans, 2.^a ed.